

## BRADLEY Y LA FILOSOFIA ANALITICA: SIGNIFICADO, LOGICA Y ONTOLOGIA\*

FRANCISCO RODRÍGUEZ CONSUEGRA

### Introducción general

En este artículo que aparece dividido en dos partes me propongo estudiar la influencia de Bradley en la filosofía temprana de Moore y en la obra total de Russell. Prescindiré, en general, de las relaciones reales, es decir, históricas, que sirvieron de vehículo a esa influencia. En cambio, me limitaré a exponer lo que *objetivamente* pueda hallarse en las obras de Bradley que aparezca después *claramente* en los primeros escritos de Moore y en la filosofía russelliana. Aclaro inmediatamente que no me voy a referir al período "hegeliano" o "idealista" que ambos atravesaron, sino precisamente a sus obras posteriores. La tesis que mantendré es que la rebelión contra el idealismo la llevaron a cabo ambos, en particular Moore, con las armas que el propio Bradley forjó para ellos, armas que, en ocasiones, utilizaron directamente contra el propio Bradley, a veces de manera poco justificada.

La filosofía de Bradley puede dividirse en dos componentes. Uno crítico y destructivo en el que examina, analiza y descarta tesis fundamentales de varias tradiciones filosóficas, en particular del empirismo, aunque también a veces lleva a cabo su labor de disección con tesis típicamente idealistas. Esta primera tarea suele ser realizada desde una perspectiva global, intentando, al estilo de Hegel, contraponer las tesis examinadas entre sí hasta superarlas, una vez reducidas a "apariencias", en la verdadera "realidad" del Absoluto. (Aunque ni siquiera en ese momento final abandona Bradley su estilo profundamente escéptico y su metodología basada en el análisis conceptual.) Esa superación constituye el segundo componente, es decir, su parte positiva o constructiva. Pues bien, fue el primer elemento el que influyó decisivamente en Moore y Russell. El célebre período idealista de ambos autores consistió en la aceptación de los dos componentes; la liberación supuso el rechazo sólo del segundo de ellos, que ciertamente es el más cuidado, potente y convincente de la filosofía bradleyiniana. Y lo es porque en él predominó siempre la crítica analítica pormenorizada sobre la defensa de las un tanto vagas tesis propias de todo hegelianismo. El resultado de ese modelo de influencia fue un tanto paradójico para Moore y Russell. Ambos se quedaron, a falta de

\* Una segunda parte de este trabajo aparecerá en el próximo número.

contenidos propios, sólo con las críticas al empirismo tradicional británico y a cierto idealismo más o menos prehegeliano. La ingenuidad de sus filosofías del período 1898-1903 es una muestra clara de esa situación (véanse mis 1990c, 1990d y 1987a, caps. 8, 9 y 11).

En consecuencia, podemos considerar a Bradley como el caldo de cultivo donde se desarrolló el tronco común originario de las filosofías de Moore y Russell. El fue quien les aportó el marco de referencia y los límites que encuadraron su horizonte filosófico, suministrando tanto los temas a considerar como todo un abanico de argumentos, esgrimidos además con el estilo claramente analítico que caracterizaría después todo un período en la historia de la filosofía de nuestro siglo. La herencia determinó incluso las tesis concretas con las que Moore y Russell se creyeron obligados a habérselas. Un ejemplo típico lo constituye el tema de las relaciones. Para Bradley las relaciones pertenecen al ámbito de las apariencias en última instancia, pero ello no le impidió analizar la forma en que se hallan implicadas en sectores enteros de nuestro pensamiento, ni tampoco aportar la tesis, esencial en el origen de la filosofía analítica, de que el pluralismo sólo puede fundamentarse en una visión de las relaciones como *externas*. Y todo ello en el marco de un eficaz aparato crítico contra la forma sujeto-predicado que desembocó en la teoría relacional de la proposición, en el antipsicologismo y en el referencialismo. De forma que Moore y Russell no tuvieron más que transitar el camino trazado ya con toda precisión. Incluso en buena medida el método mismo formó parte de la herencia, en especial en lo que tiene de más característico: el análisis de los conceptos a la busca del verdadero significado y el análisis de las proposiciones a la busca de las auténticas *formas lógicas* como a menudo opuestas a las formas lingüísticas. Todo ello condujo a adoptar como arma básica de trabajo la *definición*, entendida como instrumento destinado a construir alternativas lo más próximas a la verdadera realidad. En conjunto, esto no hace —naturalmente— de Bradley un filósofo analítico en el sentido tradicional de la expresión; la mayoría de las tesis aludidas las mantenía el viejo maestro sólo a un nivel bajo de su panorama total de los grados de verdad, pero fueron sin duda la base y el punto de partida de Moore y Russell, que las interpretaron —curiosamente— de manera literal.

Debido a su formación Bradley redactó sus *Principles of Logic* (1883a) sobre base germánica. Ahí está su prólogo con la lista de nombres. No es de extrañar que la obra contenga puntos de coincidencia con Frege. Y no estoy pensando sólo en el ataque al psicologismo, sino también en las críticas a la lógica tradicional, el intento de aclarar filosóficamente la noción de significado y la importancia concedida a las implicaciones on-

tológicas de los conceptos y los juicios. Cuando Russell leyó a Frege, después del Congreso de 1900, encontró muchos elementos con los que se hallaba familiarizado.<sup>1</sup> Pero lo cierto es que nunca reconoció, al menos públicamente, su enorme deuda con Bradley, salvo en puntos muy concretos y, aun así, en referencias muy aisladas. Sin embargo, en su correspondencia privada no dudó en subrayar esa dependencia en toda su auténtica dimensión. No es de extrañar, pues, el resentimiento de Bradley ante ese contraste de actitudes.<sup>2</sup> Lo cierto es que para Moore y Russell fue tan grande la necesidad de desligarse del maestro que tendieron después a no reconocer ni siquiera deudas tan evidentes como las que voy a reseñar en lo que sigue. Es indudable que no siempre se trató de influencias conscientemente asumidas. Pero cuando uno encuentra tesis habitualmente aceptadas como originales de un autor (o al menos que constituyen rasgos centrales de su filosofía), formuladas claramente en otro anterior, que sirvió además de "entrenamiento" al primero, ha de prescindir, como decía más arriba, del problema *histórico* de la influencia y pasar a develar su *contenido* concreto. El hecho de que las mismas tesis se hayan formulado a veces con lenguajes diferentes no hace sino aumentar el interés por las coincidencias.

Para dar precisión a lo que sigue, he redactado y distribuido esas tesis en cuatro grupos temáticos diferentes. Primero se expone la tesis en cuestión tal y como se puede encontrar fácilmente en los escritos de Moore y/o Russell, matizándola convenientemente para evitar malentendidos con respecto a su situación histórica. No me ha parecido necesario aportar referencias concretas a los escritos de ambos autores al tratarse de tesis notoriamente mantenidas por ellos *en algún momento*. A continuación, se muestra el lugar y la forma en que cada una de tales tesis se halla en su totalidad (cuando no es así también se hace la salvedad oportuna) en las obras básicas de Bradley, es decir, en 1883a y 1893a.<sup>3</sup> Forzoso es re-

<sup>1</sup> Se trata de un hecho fácil de entender si pensamos que también Frege, en contra de lo que se suele pensar, edificó su obra sobre antecedentes históricamente determinables en ciertos autores de su contexto, que pudieron también influir en Bradley. Sobre las deudas de Frege, véanse Sluga, 1975a y 1980a.

<sup>2</sup> Véanse al respecto Pitt, 1971a y Keen, 1971a, donde se aportan los datos concretos.

<sup>3</sup> La obra de Wollheim (1959a) sigue siendo insustituible y me ha sido de gran ayuda. Con respecto a la literatura relevante a mi objetivo, por lo que sé sólo Passmore, 1969a, Keen, 1971a, Spadoni, 1977a y Pujia, 1977a tratan el tema con seriedad. Sin embargo se refieren exclusivamente a Russell, no a Moore, con lo que dejan sin explorar el hecho, básico, de que en la mayor parte de las ocasiones las tesis de Bradley llegaron a Russell a través de la correspondiente elaboración de Moore. Además, cuantitativamente hablando, tales autores consiguen identificar como procedentes de Bradley sólo unas diez tesis, que son, además, las referentes a los ámbitos más conocidos del antipsicologismo y el referencialismo. Aquí ese número se multiplica, cuanto menos, por tres, además de hacerse más sistemáticas y precisas las referencias.

conocer que (como me señala Juan J. Acero) semejante formato tiene dos inconvenientes: perder de vista la unidad del pensamiento de Bradley y dar la impresión de una lectura de este filósofo pasada por el tamiz de Russell. Sin embargo confío en que la consecución de los objetivos del artículo baste para compensar tales inconvenientes.

De las cuatro<sup>4</sup> secciones resultantes, las tres primeras señalan contenidos y la última se refiere al método, en la medida en que incluso éste puede ser rastreado en Bradley. Sin embargo, como espero quedará claro al final del artículo, método y contenido no son del todo separables: determinados descubrimientos de contenido son los que hacen que el método se consolide, permitiendo así insistir en los primeros y extenderlos a otros ámbitos. Empezaré por las tesis antipsicologistas y referencialistas para extenderme, sobre todo, en las críticas a la lógica (y ontología) tradicional y en la teoría del conocimiento resultante de la distinción acto-objeto (parte 1), para terminar con una sección dedicada, como decía, al método. Numero las tesis para facilitar la referencia (parte 2).

### 1. Antipsicologismo y referencialismo

(1) *La filosofía y la ciencia han de partir de la realidad objetiva a la que apuntan los contenidos mentales. La lógica no estudia las leyes del pensamiento sino una serie de objetos y sus relaciones.* Se trata de una tesis básica precisamente para posibilitar el distanciamiento del idealismo por parte de Moore y Russell. En concreto, Russell encontró en ella la base platónica requerida para sus propios objetivos de fundamentación de la matemática. Sólo a partir de 1905 comenzó su debilitamiento, aunque su total abandono sólo parece darse, en Russell, como consecuencia de la influencia del positivismo lógico.

Para Bradley<sup>5</sup> el juicio no puede existir sin un conocimiento de la verdad y la falsedad, por lo que sólo juzgamos mediante ideas. Pero éstas son siempre símbolos, porque *están* por otra cosa distinta de ellas mismas. A esas otras realidades *objetivas* se refiere la lógica. Es necesario salir de la actitud psicologista que ha dominado, dice Bradley, la escena inglesa de manera tradicional, pues nos impide salir de la mera subjetividad de las ideas como realidades exclusivamente mentales. Con ello se refiere, naturalmente, al empirismo tradicional británico de Locke y Hume tal y como

<sup>4</sup> Antes de terminar la sección 4 me referiré a otro posible grupo de tesis éticas que no desarrollo por falta de espacio (véase nota 24).

<sup>5</sup> Para la tesis (1) basta la referencia a 1883a, pp. 2-4. Me referiré siempre al primer volumen mientras no establezca lo contrario de manera explícita.

resultó canonizado por Stuart Mill. Todo símbolo posee, además de existencia (*that*) y contenido (*what*), un significado que, en la medida en que es universal, lo absorbe hasta anularlo, lo que permite que en lógica manejemos directamente objetos, tomadas las precauciones necesarias para distinguir las formas lógicas auténticas. Para la lógica todas las ideas son signos (símbolos arbitrarios), por tanto todo se subordina en ella a lo universal que contiene esas ideas. En suma: las ideas remiten a su significado objetivo, que es precisamente la tesis siguiente. No insisto más en este punto por tratarse de casi lo más conocido y popular de Bradley (y desgraciadamente, casi lo único tratado por la mayoría de los comentaristas).

(2) *La lógica y la filosofía se ocupan de lo que las ideas significan, no de las ideas en sí mismas. Los significados son, pues, su materia prima.* Esta tesis, mantenida por Moore y Russell, complementa la primera en el sentido de que subraya el *significado* como objetivo a perseguir por la filosofía. En consecuencia, será imprescindible analizar las proposiciones (y los conceptos) para *encontrar* su verdadero significado.

De acuerdo con la tesis anterior, la actitud psicologista llevaba a detener la atención en las ideas mismas. Se trata, por el contrario, de constatar que lo importante del juicio no es su existencia, sino su significado. El hecho del juicio se halla en nuestras cabezas (mentes), pero no es ese hecho lo que afirmamos con el propio juicio, sino algo distinto en lugar de lo cual aquél está. La idea como algo mental es, así, signo de la idea como significado, es decir, de la idea como universal. Todo lo que haya en la idea que no sea universal está subordinado a su realidad objetiva, que es el significado. Incluso cabe decir que la idea *es* el significado, si no olvidamos que, en rigor, el significado es sólo "un trozo del contenido de la ideal, original o adquirido, separado, fijado por la mente y considerado aparte de la existencia del signo" (1883a, 4). Curiosamente, fueron estas mismas líneas las que sirvieron de excusa a Moore para acusar a Bradley de psicologismo, sobre la base de que en ellas se presupone una cierta capacidad de la mente en relación con la "creación" de ideas como significados. Sin embargo, el propio Bradley se encarga más abajo (y en otros lugares) de desmentir implícitamente ese tipo de ataque, al afirmar que la separación de aquella porción del contenido de la idea, es decir, el significado, del hecho de la *existencia* misma de esa idea como contenido mental, es una operación ajena por completo al tiempo e incluso al símbolo particular que estemos manejando. Sólo de esta forma queda aclarada la ambigüedad del término "idea", resultando éste asociado más bien con su vertiente lógica (lo simbolizado, el significado) que con su vertiente psi-

cológica (la imagen psíquica, el signo total) (1883a, 6-7). Por ello, en la medida en que el significado queda *reconocido* como objeto independiente de cualquier operación mental (que como tal se realizaría necesariamente dentro de un tiempo concreto), no parece justo acusar a Bradley precisamente de aquello contra lo que luchaba con tanto fervor. Es uno de los ejemplos a los que aludía más arriba en que las propias tesis de Bradley son utilizadas en su contra.

(3) *El significado es, básicamente, la referencia.* Se trata de una consecuencia directa de lo anterior. Si la idea se descompone en un aspecto psicológico y otro lógico, siendo este último el único objetivo, entonces sólo aquello a lo que se refiere la idea, es decir, su objeto, puede constituir propiamente su significado. Además, ese significado es único, por lo que no puede descomponerse en "factores"; se halla constituido siempre por una sola realidad; un contenido ideal. Para Bradley el juicio es precisamente la atribución de ese contenido ideal (o idea lógica, o significado universal) a una realidad (en última instancia a *la* realidad). En consecuencia, aunque tal contenido parezca compuesto, en el momento de realizar la atribución lo utilizamos siempre como un todo. De hecho ni siquiera podemos manejarlo de otro modo; lo que indica que no puede constituir *un significado* si no es como algo simple. Esta característica la veremos con más claridad al llegar a la teoría del juicio y sus formas.

De ello se infiere que la célebre distinción fregeana sentido/referencia habría sido inaceptable para Bradley (como de hecho lo fue también para Russell). El argumento es bien simple: si el significado es la referencia, entonces dos términos con la misma referencia tendrán también el mismo significado. Independientemente de la validez de ese argumento, Griffin<sup>6</sup> ha insistido recientemente en que de hecho no fue mantenido por Bradley. Pero apoya su tesis sólo en dos puntos, ninguno de los cuales es convincente. Según el primero, el no distinguir entre sentido y referencia llevaría a identificar los dos miembros de toda identidad, con lo que todo juicio de este tipo sería tautológico. Como ello concierne a otra de mis tesis, dejaré su discusión para cuando lleguemos a ella (se trata de la 16) adelantando sólo que ésa fue precisamente la consecuencia extraída por Bradley.

El segundo punto de apoyo es la mera evidencia textual, aparentemente contraria, según la cual Bradley establecía una diferencia entre la intención y la extensión de un juicio. La diferencia es por supuesto innega-

<sup>6</sup> 1983a, pp. 209 y ss. Con ello ataca la postura de Wollheim, 1959a, p. 84, que coincide con la nuestra.

ble, pero trivial. Del hecho de que dos expresiones diferentes puedan referirse a lo mismo no extrae Bradley la conclusión de que no se refieren *exactamente* a lo mismo, sino simplemente que las dos intensiones son diferentes, es decir, que el juicio que las identifica tiene algún sentido informativo. Griffin cita el texto (1883a, 177) donde Bradley afirma que cuando mantenemos que los perros y los perros-mamíferos son la misma cosa, ha de subsistir alguna diferencia a menos que ese juicio no sea tal juicio. Pero aquí lo único que parece reconocer Bradley es la diferencia entre las ideas en el primero de los sentidos, es decir, en el sentido psicológico, mientras que para Frege el *Sinn* era algo tan objetivo como la referencia.<sup>7</sup> En todo caso si se admite que la distinción entre intensión y extensión implica la de sentido y referencia, entonces todos los lógicos, desde los griegos, han sido fregeanos en ese punto. Y no hay que olvidar que Bradley gozaba de una teoría de la *identidad en la diferencia* que le permitía manejar con una blanda habilidad todos estos problemas subrayando alternativamente uno u otro de tales términos. Se podría argumentar que aun cuando Bradley se refiriese sólo a la diferencia entre las expresiones, puesto que éstas involucran conceptos llegaríamos igualmente a significados objetivos idénticos y también diferentes. Pero ello demostraría sólo que hay que admitir la distinción entre conceptos simples y conceptos complejos, que fue precisamente la conclusión sobre la que Moore y Russell basaron su teoría del análisis (al menos hasta la aparición de Peano).

El significado es necesariamente la referencia y nunca las posibles connotaciones porque todo lo que pudiese haber en él de no universal, queda desgajado como el residuo o lastre que abandonamos como resto del contenido de la idea, al identificar la parte de ese contenido que constituye el significado. A Russell le venía muy bien esta teoría del significado pues para sus trabajos sobre fundamentación de la matemática sólo se le ofrecía como alternativa la visión empirista de Stuart Mill. Y ésta era completamente inaceptable para él al basarse en la inducción como fundamento de la objetividad de los juicios matemáticos. En cambio en Bradley el significado apunta siempre a lo objetivamente existente, dejando toda actividad intencional de las mentes individuales completamente al margen<sup>8</sup> y considerando los símbolos como representantes de los objetos mismos a considerar. No hay duda de que esta capacidad de manejo de tales símbolos contenía, como vamos a comprobar más abajo, el germen

<sup>7</sup> De hecho las dificultades de Russell a partir del apéndice fregeano a 1903a y las críticas de 1905a a la distinción de Frege proceden parcialmente de esta tradición bradleyiniana.

<sup>8</sup> Véase Pujia, 1977a, 71.

de la posibilidad de una utilización reduccionista y también constructiva, aunque fuese con las consiguientes precauciones para pulir el lenguaje utilizado mediante un análisis previo que decantase el verdadero significado.

(4) *Los nombres propios son descripciones disfrazadas.* Al mantener con toda claridad esta famosa tesis de Russell, Bradley partía de la tesis de Mill de que los nombres propios no poseen connotación, siendo su única función el denotar, es decir, estar en lugar del objeto nombrado. Se trataría, así, de meras etiquetas puras y neutras. Tal teoría era inaceptable para Bradley bajo el argumento de que, para que un signo pueda tener y conservar un significado, es necesario asociarlo con la cosa significada por él. Pero esto sólo puede hacerse por medio de cualidades y características pertenecientes a esa cosa que ha de representar: "Si no consiguiera en alguna medida *significar* la cosa no podría *estar por ella*" (1883a, 60). Es decir, si no sabemos lo que connota un nombre propio no podemos saber, en consecuencia, a qué sustituye. A menos que podamos reconocer a la persona como distinta de las demás no podremos atribuirle tal o cual nombre. Y ello por la sencilla razón de que "el significado de tal nombre es universal y su uso implica una real universalidad, una identidad que trasciende los momentos particulares" (1883a, 61). Puesto que conocemos a una persona por sus atributos, su nombre no es más que el signo de un universal (un contenido ideal) que resume, integrándolos, esos atributos. Como veremos más abajo, ésta es también una consecuencia de su teoría del juicio, en la que todo contenido ideal es considerado como un universal que se constituye a partir de todo conjunto de universales situados al mismo nivel como ideas lógicas.

En todo caso queda ya claro que un nombre propio, al llevar en su seno un resumen de los atributos de su portador y al no poder ser utilizado sin identificar antes tales atributos, funciona realmente como una descripción enmascarada en forma de clave. Y así es su rol en el lenguaje. Precisamente por partir de esta concepción de los nombres, del juicio y del lenguaje, se vio Russell imposibilitado para aceptar la visión de Frege y su análisis del significado. Su teoría de las descripciones es la alternativa referencialista pura a Frege y a su noción, inevitablemente sospechosa para Russell, de *sentido*. Y lo es no sólo en sus aspectos lógicos y lingüísticos, sino también en los epistemológicos. Si el nombre *significa* como universal una serie de cualidades del objeto, las ha obtenido a través del conocimiento directo de ellas, o bien de otra descripción que haya asimilado ya hecha. Con lo que llegamos también a la famosa distinción ruse-lliana entre conocimiento directo y conocimiento por descripción, formu-

lada por vez primera en 1905c donde, sin embargo, sólo se reconoce a Bradley la primacía sobre un *detalle*: la tesis de que los juicios universales son realmente hipotéticos (véase [13] más abajo). Como la fuente última de la distinción entre los dos tipos de conocimiento la veremos de lleno más adelante, paso ahora a otra tesis donde se subraya, en la misma línea, la relación entre el significado y el conocimiento directo.

(5) *La fuente última del significado es "lo percibido"*. Es de suponer que esta tesis de Moore y Russell no hubiese sido formulada por Bradley como consecuencia directa de la anterior, pero lo cierto es que puede presentarse como tal. Si sólo podemos atribuir significado a un nombre propio mediante su identificación con una serie de cualidades que nos permiten reconocer a una persona (u otro objeto) entre otras, entonces sólo la percepción de tales cualidades nos puede dar el criterio para realizar la atribución del contenido ideal que ha quedado así constituido a la realidad de la situación concreta. Conviene advertir, claro es, que no siempre habrá que entender aquí la percepción en su sentido externo habitual. En la línea creada por Descartes y seguida por los empiristas, será a veces sinónimo de cualquier contemplación de un contenido mental. En lenguaje bradleyiano: "conciencia de un contenido ideal" en la mente, como consecuencia de la aprehensión por ésta de un universal. En este sentido, como "visión", se acercaría a la noción de presencia inmediata tan manejada por Bradley, pero se trataría sólo de cierta proximidad; Bradley advierte claramente que la idea como significado no es dada ni "presentada", sino *tomada*, ya que no existe en el tiempo, ni en nuestras mentes ni fuera de ellas. Es decir, no es ni una entidad mental ni tampoco se halla en un mundo suprasensible de carácter platónico.

Independientemente de la referencia indudable a la distinción entre *ser* y *existencia* (que veremos como tesis independiente), lo importante aquí es ver cómo, en última instancia, el referencialismo de Bradley viene a resolverse en esa aprehensión inmediata (*feeling*, como él decía) o conocimiento *directo* que constituye el sentido amplio del término "percepción". Lo cual equivale al establecimiento de una estrecha relación entre el referencialismo y el "intuicionismo". Es decir, la relación sobre la que Moore y Russell basaron toda su teoría de la definición de forma que, en la línea de Aristóteles y Locke, consideraron las nociones compuestas como definibles por medio de las simples, las cuales sólo pueden ser conocidas por intuición directa. Bradley no los hubiese seguido literalmente en ello aunque, como veremos más adelante, en cierto sentido y como consecuencia de la distinción entre los dos tipos de conocimiento, se vio

obligado a conceder que el segundo de ellos (el indirecto) se apoya en el primero. Sólo de esa forma pudo ofrecer una explicación del concepto de "construcción" (tan importante para el definitivo método de Russell).<sup>9</sup>

(6) *La objetividad del significado permite "eliminar" las adherencias extrañas.* Esta tesis, mediante la cual Russell justificó la posibilidad de llevar a cabo ciertos recortes ontológicos (incluso antes de adoptar explícitamente las construcciones lógicas), es una consecuencia directa de la visión del significado como algo absoluto e inmutable. La única dificultad radica en hallar inequívocamente ese significado. Pero una vez que hemos accedido a él (que lo hemos *tomado*) reconociéndolo, automáticamente seremos capaces de despojarlo de todos los restos del contenido de la idea que pudieran ocasionalmente acompañarlo. Lo cual se aplica por igual a los juicios y a los conceptos. En el caso de los juicios lleva a la distinción entre forma gramatical y forma real. Más adelante veremos cómo mediante *análisis* podemos desentrañar la segunda eliminando todo lo que de "aparente" haya en la primera.

En el caso de los conceptos hay que distinguir a su vez entre aquellos que tradicionalmente formaban parte del análisis clásico del juicio y los que no. Sobre los primeros Bradley muestra cómo el sujeto no es una idea presente mediante el juicio, sino que se halla constituido por la realidad misma, a la que atribuimos una determinada relación de conceptos (1883a, 22 y ss.). Lo mismo ocurre con la cópula, cuya multiplicidad de sentidos no evita que su supuesta necesidad quede relegada, para Bradley, a la mera superstición (1883a, 50). Sobre los segundos, me refiero aquí a nociones típicas de la filosofía tradicional (cosa, yo, cuerpo, alma, materia, etc.): todas ellas son cuidadosamente *analizadas* en 1893a y reducidas al ámbito de las meras apariencias. Y ello mediante el procedimiento de presentarlas como meras *construcciones* realizadas a partir de los datos procedentes de la presentación inmediata (*feeling*), lo cual equivale de nuevo a la distinción entre conocimiento directo y conocimiento por descripción (o construcción), en el sentido de que los productos del segundo proceden de los materiales aportados por el primero. El rechazo bradleyiano de las "meras" construcciones dificultó durante años la aceptación russelliana de las "construcciones lógicas".

<sup>9</sup> Wollheim (1959a, 198) aporta un texto clarísimo sobre la tesis ahora referida: "*Anything in no sense felt or perceived, becomes to me quite unmeaning*". Puede también añadirse a todo ello la constatación de que para Bradley el sujeto de todo juicio es lo *real* que aparece en la percepción, como se ve en el cap. II de 1883a donde reduce todos los juicios *analíticos* (en el sentido bradleyiano, no kantiano) a universales (hipotéticos).

## 2. Lógica y ontología

(7) *La forma sujeto-predicado es engañosa e insuficiente.* Lo que aquí rechaza Bradley, exactamente igual que Moore y Russell, es que el juicio tenga como análisis verdadero la forma sujeto-predicado. Ese análisis es *engañoso* (el embrujamiento del lenguaje late aquí) porque supone que en un juicio hay *dos* ideas y que mediante el acto de juzgar atribuimos una de ellas a la otra. En realidad hay sólo *una* idea, y ello por la sencilla razón de que las relaciones entre las ideas son también ideales, es decir, constituyen también significados *universales*, ideas lógicas (no psíquicas) existentes entre lo simbolizado, no entre los meros símbolos. El todo que constituye el juicio es, pues, una idea (1883a, 12). Esta concepción del juicio (que llevó a Moore a la tesis de que la proposición es *un* concepto complejo) hace posible considerar cualquier juicio concreto como un solo contenido lógico. Ante el ejemplo (célebre) de “el lobo comiéndose al cordero”, no hay que dejarse llevar, dice Bradley, por el contenido de la imaginación y ver dos cosas (como tampoco hay que abandonarse a la tendencia de considerar una cosa cualquiera como mera imagen). El juicio no es la unión de dos ideas; lo fijado por la mente como uno es una idea (1883a, 13).

Pero el análisis tradicional es también *insuficiente*. Y ello por dos razones (*ibid.*). En primer lugar, un mismo juicio está contenido en cualquier pensamiento que haga referencia a él. Es decir, en cualquier uso lingüístico, incluso no apofántico, *el juicio es el mismo*. (Otro argumento contra la supuesta aceptación bradleiniana de la noción fregeana de *Sinn.*). Se demuestra así que su esencia es un contenido ideal que no depende del acto de juzgar y, por ello mismo, no depende tampoco de la atribución de una idea a otra (el sujeto). En segundo lugar, existen muchos tipos de juicios de los cuales no puede dar cuenta el modelo S-P porque, sencillamente, no caben en él. Se trata de los juicios que establecen relaciones (especialmente asimétricas, como en el Russell posterior), afirman existencias (la existencia no es un predicado, como veremos en otra tesis) o contienen más de un sujeto. Ejemplos del propio Bradley: “B sigue a A”, “el alma existe” y “A y B son iguales”. Es conocida la forma en que Russell, siguiendo a Moore, basó en su descalificación del esquema S-P todas sus críticas de fondo a los sistemas metafísicos idealistas, tanto de tipo pre-hegeliano (Leibniz) como hegeliano, incluyendo en este último apartado (paradójicamente) al propio Bradley. Otro ejemplo de la utilización contra el maestro de sus propias armas.

(8) *La cópula del juicio es engañosa y eliminable.* Se trata de una consecuencia de lo anterior, pero conviene destacarla de modo independiente. De esa forma subrayamos cómo el análisis de Bradley prefigura de manera clara el llevado a cabo por Moore y Russell según el cual hay que distinguir entre el “es” de identidad, el de predicación, el de inclusión, etc. Es cierto que aquí otros lógicos se adelantaron a Bradley, por ejemplo De Morgan en su *Formal Logic* (1847), pero no es menos cierto que Bradley sacó partido filosófico de la distinción de una forma especialmente proclive al futuro método analítico. Como de costumbre, cuando Russell reconoce la prioridad de De Morgan (1903a, 64 n.), ni siquiera menciona a Bradley como iniciador de la lectura filosófica del problema. De hecho Bradley dominaba tales distinciones ya en 1883 cuando negaba que el juicio fuese *inclusión* en una clase, inclusión en un sujeto o afirmación de identidad entre un sujeto y un predicado (1883a, 21 y s.). La importancia de esta negación radica en que, para llevarla a cabo, Bradley tuvo primero que distinguir, mediante análisis del significado, entre los diversos sentidos que puede tener la cópula. Aunque fuera sólo por tal motivo, la partícula sería ya engañosa (ambigua). Pero además, es eliminable por formar parte de una supuesta estructura, la de S-P, completamente errónea. Como hemos visto, el juicio no es la síntesis de *dos* ideas, por tanto la necesidad de la cópula es “mera superstición” (1883a, 50): los juicios pueden darse sin cópula alguna al constituir *una* sola idea. De nuevo aparece la distinción metodológicamente importante entre la forma gramatical y la real.

(9) *La noción de sustancia procede de la forma sujeto-predicado.* Esta importante tesis desarrollada a fondo por Russell en 1900a se encuentra presentada de forma sugestiva y plena en 1893a (cap. 2) de Bradley. Allí se critica el “venerable” procedimiento que utilizamos tradicionalmente para ordenar los hechos consistente en diferenciar sustantivo y adjetivo. Se trata, según Bradley, de un fracaso, como lo demuestra el correspondiente análisis. No obstante, conviene distinguir dos problemas. Por un lado, el relativo a la cópula como nexo imprescindible en la forma S-P, pero cuyo *significado*, en última instancia, es dudoso. Por otro lado, el referente a las relaciones, en la medida en que las propiedades de una cosa se presentan como unificadas por esa cópula. Llegamos así al viejo dilema: o predicamos del sujeto lo que *no* es, lo cual es imposible, o lo que es, lo cual es inútil. El dilema no se soluciona, añade Bradley, convirtiendo las propiedades en relaciones. Tal proceder nos llevaría a un proceso infinito ante la necesidad de referir las relaciones a nuestro sujeto (o su-

jetos), para lo que necesitaríamos un predicado, el cual nos llevaría a otra relación, etc., etc. Por consiguiente, la cosa no puede ser dividida en propiedades. Cuando lo hacemos aparecen las relaciones y éstas acaban por anular la cosa. Se trata del conocido tema de Bradley acerca de la contradicción insoluble existente entre las propiedades (cualidades) y las relaciones. La conclusión es (1893a, 20):

la cosa con sus adjetivos es un recurso para disfrutar al mismo tiempo de la variedad y del acuerdo. Pero las distinciones, una vez realizadas, caen fuera de la cosa y lejos unas de otras. Y nuestro intento de comprender sus relaciones nos conduce meramente en torno de una unidad que se reconoce a sí misma como pretexto (*pretence*), o bien nos hace retroceder hasta la vieja sustancia indivisa que no admite relaciones.

En consecuencia, la división sustancia-atributos (sea aquella física o mental) es errónea por tratar de dividir la realidad en dos niveles diferentes. Y esa división procede de la que se establece en la forma S-P. Como ya sabemos, el análisis correcto sitúa al mismo nivel ambas nociones y las convierte en *predicados* de la realidad. Lo veremos en el punto siguiente. Más adelante, veremos también cómo esto supone la negativa a utilizar la lógica del lenguaje como criterio ontológico. Salvo en el caso (igual que en Russell) de que se trate de un lenguaje ya analizado correctamente hasta sacar a la luz su verdadera forma (en Russell, el lenguaje lógico ideal del atomismo lógico).

(10) *El juicio no es atribución de un predicado a un sujeto sino unión de conceptos.* Moore fue quien utilizó esta tesis. Y lo hizo, preparando el terreno a Russell, fundamentalmente para elaborar la alternativa relacional que posibilitó la constitución de una ontología atomística. Pero en Bradley la tesis requiere, así formulada, inmediata matización. Hemos visto antes que para él el juicio no es la unión de dos ideas mediante el acto de juzgar. Sin embargo, si decimos que el juicio constituye la atribución de un todo (simple o complejo, es decir, con uno o varios conceptos *fusionados*) al verdadero sujeto de todo juicio, que es la realidad, entonces la tesis resulta aceptable. Por tanto, en términos bradleyianos, la base de esta tesis radica en su crítica al esquema S-P, que nos impide ver la forma en que todos los contenidos ideales (los conceptos, en Moore) se sitúan al mismo nivel. Con semejante reinterpretación la tesis es coherente con la filosofía de Bradley. Además, cuando Moore la formuló por vez primera (1899a) lo hizo añadiendo la particularidad de que es la *realidad como un todo* lo que nos da el criterio de verdad del juicio. El juicio

será verdadero si la realidad es tal que en ella los conceptos se combinan precisamente de la forma en que lo hacen en él.

Se trata, en definitiva, de la alternativa bradleyiniana al esquema S-P. El verdadero sujeto de los juicios no es el que aparece como tal en su presentación gramatical, es decir, la idea de la que cierto atributo parece predicarse, sino la realidad misma (1883a, 13). El juicio afirma la *síntesis de atributos diferentes*, síntesis que incluye tanto al sujeto como al predicado gramaticales, en un verdadero y único sujeto: la realidad como un todo (1883a, 27). Así como ésta es el sujeto real, también el predicado real de todo juicio es un contenido ideal formado por aquella síntesis de atributos. Moore sólo tuvo que cambiar ciertos detalles para obtener su propia alternativa a la forma S-P; el análisis relacional de la proposición. Bradley le dio la tarea prácticamente hecha, incluyendo los motivos para llevarla a cabo. Por consiguiente, la normalmente calificada de gran innovación por parte de Moore no tuvo, en el fondo, nada de original. Si exceptuamos lo puramente lingüístico, es decir, los términos que escogió en su versión.

(11) *Todo pensamiento implica un juicio*. Esta nueva tesis, implícita en el período considerado de la obra de Moore y en la fase platónica de Russell (y posiblemente más tarde), constituyó siempre uno de los puntales de la creencia en la posibilidad de constituir un lenguaje lógico ideal. Igualmente, parecía subyacer a las críticas de Russell a todo intento de considerar la filosofía y el análisis lógico como algo eminentemente lingüístico. De esta forma sería explicable su oposición frontal al segundo Wittgenstein, sobre la base de que un mismo significado puede corresponder a varios usos lingüísticos concretos. Y ello a pesar de que, paradójicamente, el propio Russell terminó considerando incluso las proposiciones de la lógica y la matemática como puramente lingüísticas.

En Bradley la tesis se encuentra en forma literal. Como vemos más arriba al referirnos a la crítica del esquema S-P, un mismo juicio se halla implícitamente presente en cualquiera de las muchas formas lingüísticas que puede adoptar, es decir, a través de las muy variadas funciones que cada situación requiere del lenguaje. Y esto debido a que la síntesis de conceptos presupuesta es la misma independientemente de la forma gramatical que sea adoptada en cada caso: incluso cuando no se trata de una afirmación o negación, sino de una duda, pregunta, orden, etc. (1883a, 13). Es otra de las consecuencias de su visión del juicio como *adjetivo* de la realidad como un todo. Podemos utilizar un mismo adjetivo para funciones muy diferentes, pero en todas ellas subsiste exactamente de la mis-

ma forma: como contenido ideal. Este fragmento de 1893a (p. 324) es definitivo:

toda forma de pensamiento implica un juicio en el sentido de que cualifica de manera ideal la Realidad. Preguntar, dudar, sugerir o concebir meramente una idea no es juzgar explícitamente. Todo ello es cierto y obvio. Pero cuando investigamos más a fondo lo que esos estados implican necesariamente, nuestra conclusión debe ser diferente. Si usamos el juicio, aunque sea de forma inconsciente e indefinida, para referir el pensamiento a la realidad, entonces pensar debe ser sin excepción juzgar en algún sentido.

Y además tiene la virtud de formular la tesis a través de la noción de implicación, que fue precisamente el concepto escogido durante muchos años por Russell para explicar cómo el análisis obtiene la verdadera forma del juicio, presupuesta o implicada en su forma gramatical (ejemplo: la teoría de las descripciones).

(12) *Hay una distinción entre "ser" y "existencia"*. La distinción, base de las respectivas ontologías tempranas de Moore y Russell, tiene su origen (independiente de otras influencias posteriores coincidentes, por ejemplo Meinong) en el análisis bradleyiano de la *idea* en un aspecto lógico y otro psicológico (1883a, 3 y ss.), que se corresponde con la distinción entre objeto y acto y también con el par *what-that*. Vimos ya cómo desde el punto de vista del significado la idea *no existe* propiamente hablando, pues no se da en el tiempo, ni en nosotros ni fuera de nosotros. No obstante, en la medida en que se trata de un contenido ideal, de un significado *universal*, tiene *ser*. Por otra parte, es indudable que la distinción de Bradley no tuvo originariamente por misión la que es proclamada en nuestra tesis. Para él *todo* objeto posee ambas "propiedades". Mientras que para Russell la distinción es básicamente clasificatoria. Sin embargo, esa falta de coincidencia afecta sólo a la utilización práctica de la distinción, no a su significado conceptual.

De la misma manera en que el *what* es, para Bradley, *lo que* una cosa es (es decir, sus cualidades) y el *that* el hecho mismo de *que* existe, así también para Moore y Russell *todo* lo concebible tiene cierto *ser* en la medida en que posee determinadas cualidades, exista o no en la realidad. La principal diferencia entre ellos radica, naturalmente, en sus respectivas concepciones de esa realidad. Cuando Moore y Russell utilizan el término se refieren a la existencia física, o por lo menos a la existencia en el tiempo, ambas formas impropias de la entidades conceptuales (por ejemplo, los números), mientras que para Bradley la existencia posee grados,

como toda realidad. El paralelismo podría hacerse, no obstante, más cercano si recordamos que sin duda también el mero *ser* poseía para Moore y Russell alguna forma de realidad, y que, al menos en algunos momentos de su filosofía, esta forma fue prioritaria.

(13) *Los juicios universales son en realidad hipotéticos.* Este convencimiento, ejemplo típico del análisis lógico implícito en la cuantificación tan utilizado por Peano y Russell, sirve según Bradley, para superar un error de apreciación. Lo que nos confunde de los juicios universales hasta hacer que los veamos como categóricos es el estar formados por términos como “todos”, que son especialmente ambiguos. Cuando hablamos de “todos” (1883a, 47 y ss.) acostumbramos a inferir que el término se refiere a *cada uno* de los miembros reales de la clase de que se trate, es decir, a la suma total de tales miembros. De ser así, sin embargo, tales juicios no serían verdaderamente universales. Como no podría serlo ningún juicio en el que afirmásemos algo de un *número determinado* de sujetos. Así, cuando decimos “todos los animales son mortales”, lo que queremos decir es “cualquier cosa que sea un animal debe ser también mortal”. Por consiguiente, en los juicios universales el término “todos” no se halla realmente involucrado, sino más bien otros términos como “cualquiera” y similares, que son claramente condicionales pues implican el “si...”.

Este análisis de los juicios, que prefigura claramente los comentarios russellianos de 1903a, se continúa después mediante la aplicación de la idea de los contenidos universales. Los juicios universales son abstractos (1883a, 81-82), no tratan de cosas sino de cualidades. Expresan una relación entre elementos de contenido, es decir, entre ideas lógicas. Sin referirse para nada a tal o cual elemento particular de la serie. Cuando afirmamos “los triángulos equiláteros son equiángulos” lo que queremos decir de hecho es que un conjunto de cualidades implica el otro, pero sin la menor referencia al tiempo o al espacio. Así, el juicio universal abstracto “A es B”, no significa nada más que “dado A, en ese caso B”, o “si A, entonces B”. Con ello Bradley adopta un punto de vista totalmente contemporáneo. Tanto que con el tiempo el propio Russell pasó a atribuir en ocasiones semejante logro a otros lógicos.<sup>10</sup>

<sup>10</sup> Pujia denuncia este hecho en su libro (1977a, 90). Efectivamente, en 1959a (p. 52) Russell atribuye este logro a Peano y no a Bradley. Sin embargo, en 1905a (p. 43 n.) reconoce explícitamente la deuda con Bradley, lo cual no parece haber sido notado por Pujia. Es otra de las ocasiones en que Russell reconoce una deuda tarde y mal. En el caso de Moore ocurrió algo parecido.

(14) *La existencia no es un predicado.* Esta famosa tesis kantiana juega un papel diferente en Moore y en Russell. Para Moore la existencia es un concepto igual que los demás en el sentido de que, unido a otros (aunque al mismo nivel), configura un concepto complejo (o proposición). En cambio Russell, que partía aquí de Bradley mediante Moore (como casi siempre), logró aclarar con mayor profundidad el concepto de existencia a través de su análisis de las descripciones. En él se determina que la existencia, como concepto, sólo puede ser predicada válidamente de descripciones (ya hemos visto cómo también en esto fue deudor de Bradley a través de la identificación de los nombres propios con descripciones disfrazadas).

Independientemente de la primacía de Kant al respecto, la tesis juega un papel muy distinto en la filosofía de Bradley. Hemos visto que todo juicio consiste en la atribución de un contenido ideal a la realidad. Por tanto, si tomamos *existencia* como sinónimo de *realidad*, entonces decir "A existe" o "A es real" es enfocar mal la verdadera relación que se da y también utilizar la existencia (la realidad) de manera gramaticalmente engañosa. En tales ejemplos, A es el predicado y no el sujeto pues, como de costumbre, el verdadero sujeto es la realidad misma (1883a, 81):

La idea de lo que es real o de lo que existe se encuentra como un elemento en esa realidad y existencia actuales que encontramos directamente. No puede ser separada de ésta en el juicio y trasplantada a *otra realidad* [...]. La idea no puede ser predicada de nada excepto de su propia realidad.

La idea, en consecuencia, si es verdadera, debe serlo *de la realidad*. Por todo ello resulta que "el sujeto último no es nunca una idea y que *la idea de existencia no es nunca un predicado* (*ibid.*, cursiva mía).

La diferencia con Moore y Russell no es tan grande como parece. Moore estaría de acuerdo (al menos en 1899a) con que la verdad de un juicio procede del hecho de que *la realidad es tal* que tiene como consecuencia (predicado) esa verdad. Para Russell la existencia no puede ser predicada de un nombre propio, que es ya una parte de la realidad en la medida en que constituye *una relación entre conceptos*.

(15) *El silogismo es insuficiente como forma universal del razonamiento.* Esta tesis, básica en el proceso de superación de las limitaciones de la lógica aristotélica y por tanto fundamental en la lógica de Frege, Peano y Russell, se halla claramente expuesta en Bradley. Se trata de una consecuencia de tesis anteriores. Ya hemos visto las dificultades que afectan de manera ineludible a los juicios universales. Son, al igual que todos los jui-

cios, hipotéticos (pues todos los juicios atribuyen contenidos lógicos a la realidad, es decir, establecen relaciones entre conceptos). Nada afirman de tales o cuales objetos concretos. Lo propio sucede con la forma lógica S-P, esencial para el silogismo. Si los juicios no pueden ser analizados según este esquema, entonces el silogismo no puede dar cuenta del razonamiento. Primero, porque en última instancia *ningún* juicio atribuye un predicado a *un* sujeto (sólo la realidad es el sujeto último de todo juicio). Y segundo porque muchos tipos importantes de juicios no pueden ser adaptados a la forma S-P, como sucede con los juicios relacionales o los de existencia (lo vimos más arriba).

A pesar de ello, Bradley dedica casi un capítulo de 1883a a esta cuestión.<sup>11</sup> En él insiste en sus ya conocidas tesis. Ataca la noción de premisa mayor por innecesaria (p. 247); presenta las insuficiencias del silogismo en lo referente a los juicios relacionales (p. 251) y niega cualquier posibilidad de reforma que pudiese conservar esta estructura como algo realmente operativo (p. 252). Pero lo más significativo de todo es *su actitud ante el silogismo*, que puede ser ampliada, pienso yo, a toda la lógica clásica: se trata de una actitud de *claro desprecio*. De nuevo encontramos el precedente exacto de la actitud similar del propio Russell; aquí, como en otros lugares, el rechazo del mismo enemigo no se debió a las mismas causas, pero el efecto fue idéntico, aunque Russell no llegara nunca a tales extremos de rechazo.<sup>12</sup>

(16) *Los juicios verdaderos de identidad son tautológicos*. En 1900a, Moore tuvo que luchar contra la supuesta identificación existente entre la identidad numérica y la conceptual. Para ello se vio obligado a defender la posibilidad de la no identidad numérica reduciendo las proposiciones típicas de identidad "A es A" al mero reconocimiento de que A es un sujeto, cosa que es cierta de cualquier A. Lo que equivale a afirmar que "A es A", que es verdadero para todo A, es un juicio tautológico. (En cambio "A es idéntico a B" no lo es al tratarse ahora de *dos* sujetos, independientemente de que todos sus predicados pueden coincidir). En cuanto a Russell, sostuvo varias posturas al respecto. La que más nos interesa

<sup>11</sup> El cap. II, libro II, parte I.

<sup>12</sup> El siguiente párrafo de 1883a (pp. 247-248), que no tendría sentido traducir, ilustra a la perfección esa actitud de Bradley:

*Begotten by an old metaphysical blunder, nourished by a senseless choice of examples, fostered by the stupid conservatism of logicians, and protected by the impotence of younger rivals, this chimaera has had a good deal more than its day. Really dead long since I can hardly believe that it stands out for more than decent burial. And decent burial has not yet been offered it. Its ghost may lie quiet when it sees that the truth, which lent it life, can flourish alone.*

aquí es aquella, a la que se vio obligado a llegar "de muy mala gana", según la cual todos los juicios de la matemática son realmente tautológicos. Con ello seguía a Wittgenstein y al positivismo lógico y se apartaba de su primer *pitagorismo*.

En (3) nos hemos referido ya a la negativa de Griffin (1983a) a referir estas tesis a Bradley. Vefamos entonces que tal negativa se relacionaba, a su vez, con el problema de si Bradley hubiese aceptado o no el análisis fregeano del significado. Sobre nuestra tesis actual Griffin remite (p. 208) a un texto de Bradley según el cual "la identidad sin la diferencia no es en el fondo nada" (1883a, 141). Pero con ello lo único que demuestra es que para Bradley la tesis es meramente de transición, es decir, de aquellas que son sólo parcialmente verdaderas. Efectivamente, si un juicio fuese auténticamente de identidad, dejaría en última instancia de ser siquiera juicio. Pero no hay que olvidar que para Bradley *todas las tesis son de este tipo*. Ni siquiera el Absoluto lo es sin restricciones; siempre es posible encontrar algún argumento escéptico en su contra. Para nuestra tesis actual se apoya en su conocida postura hegeliana de la identidad en la diferencia (de la que no consigue despegarse del todo Moore en el artículo citado más arriba). Pues, si nos limitamos a afirmar "A es A" sin reconocer ninguna diferencia entre las "dos" A, entonces tenemos sólo una vacía tautología, no un verdadero juicio, es decir, no afirmamos nada (1883a, 141). Subiendo un grado más en la escala de la verdad, encontramos que la "verdadera" identidad en la diferencia se encuentra en algo muy parecido a la sustituibilidad *salva veritate* de Leibniz, es decir, en el axioma: "lo que es verdadero en un contexto lo es también en otro".<sup>13</sup> Pero ello supone el reconocimiento de la identidad de los indiscernibles. Y ni Moore ni Russell estaban dispuestos a admitir tal ataque a su "atomismo lógico" incipiente (pero ya muy platónico).

(17) *Existe un cierto isomorfismo entre el lenguaje (pensamiento) y la realidad*. Se trata de una tesis presente en el primer Moore y muy conocida en Russell. Sobre todo en el Russell del "atomismo lógico" típico de 1918. Aunque en realidad se puede rastrear mucho más atrás; incluso hasta 1903a, es decir, mucho antes del contacto con Wittgenstein (desde luego, también está presente en "On Denoting"). No obstante, me apresuro a matizar. El isomorfismo al que me refiero es sólo *parcial* desde el momento en que la tesis hay que complementarla con la afirmación de

<sup>13</sup> 1883a, p. 143. Véase la interesante discusión de Wollheim al respecto (1959a, 85 y ss.). El apéndice añadido a 1893a por Bradley en la segunda edición (1897) toca el tema de la identidad (pp. 525 y ss.) pero no añade nada interesante a mis objetivos.

que el lenguaje ordinario requiere modificaciones profundas. Las necesarias hasta hacerlo coincidir con las auténticas formas lógicas. Sólo un lenguaje ideal podría cumplir la tesis en forma absoluta (no gradual).

En este sentido de parcialidad de la tesis Bradley habría coincidido con Russell. Aunque, como de costumbre, para el viejo maestro ningún lenguaje (ni pensamiento, ni juicio) puede llegar a reflejar la realidad misma (se trata, de nuevo, de una cuestión de grados de verdad y realidad). Lo que sí se da es la proporcionalidad más o menos estructural, y esto, sostengo, es una idea que llegó a Russell ya desde Bradley. Frege vino (para Russell) después y aportó otros problemas diferentes; en concreto, su análisis del significado, inaceptable, como hemos visto, para Bradley (y también para Russell).

La misma distinción entre el *that* y el *what* denota la imposibilidad absoluta del isomorfismo completo. Sólo la realidad misma consigue definirse como la unión total entre existencia y contenido (1893a, 403). El pensamiento, que implica siempre juicio, *intenta* unirlos y, aunque finalmente no lo consigue (1893a, 319), sin embargo el mismo juicio *es*, en cierto sentido, el conocimiento de esa unión, ya que se trata de dos aspectos presentes siempre en todo objeto. El problema está en que nuestro pensamiento es discursivo, relacional, y por tanto puede sólo acercarse a la realidad, que no es en modo alguno relacional sino Absoluta. Lo que sucede es que el pensamiento, al querer captar la realidad, *distingue* falsamente el *what* y el *that* (1893a, 143). El juicio tiene por objeto *reunirlos* pues a su través atribuimos un contenido ideal (*what*) a una realidad existente (*that*) (*ibid.*, 144-145). Así, en la medida en que el juicio lo logra, coincidirá con la realidad misma. De no ser así no tendría sentido el conceder la importancia que Bradley otorga a los laboriosos y complicados análisis que tienen por objeto desentrañar la *verdadera forma* de la aparente. (Incluso podemos decir que también radicaría aquí la idea misma de construir un lenguaje lógico ideal.) Wollheim (1959a, 179 y ss.) ha visto clara la imposibilidad en la que se encuentra Bradley al admitir el isomorfismo como posibilidad real. Añade que tal coincidencia estructural se halla en él por lo menos como un "ideal de la metafísica" que tendría como objetivo máximo, gradualmente alcanzable, el que, al final, "las palabras significaran lo que representan (*what they stand for*) y representarían lo que significan" 1883a, 168; cit. por Wollheim). No otra fue la concepción russelliana (completamente referencialista) del lenguaje ideal.

## BIBLIOGRAFIA

- Bradley, F. H., 1883a, *The Principles of Logic*, 2 vols., Oxford, O.U.P., 2ª ed., 1922.
- , 1893a, *Appearance and Reality*, Londres, O.U.P., 2ª ed., 1897.
- , 1909a, "Coherence and Contradiction", *Mind*, 17, 489-508.
- Griffin, N., 1983a, "What's Wrong with Bradley's Theory of Judgment", *Idealistic Stud.*, 13, 199-225.
- Haldane, R. B., 1909a, "The Logical Foundations of Mathematics", *Mind*, 18, 1-39.
- Keen, C. N., 1971a, "The Interaction of Russell and Bradley", *Russell*, 3, 7-11.
- Moore, G. E., 1899a, "The Nature of Judgment", *Mind*, 8, 176-93.
- , 1900a, "Identity", *Pr. Arist. Soc.*, 1, 103-27.
- Passmore, J., 1969a, "Russell and Bradley", Brown/Rollins (comps.): *Contemporary Philosophy in Australia*, Londres, Allen & Unwin, 1969, 21-30.
- Pitt, J., 1971a, "With Russell at the Archives", *Russell*, 2, 3-7.
- Pujia, R., 1977a, *B. Russell e l'eredità idealista inglese*, Mesina, La Libbra, 1977.
- Rodríguez Consuegra, F., 1987a, *El método en la filosofía de Bertrand Russell. Un estudio sobre los orígenes de la filosofía analítica a través de la obra de Russell, sus manuscritos inéditos y los autores que más le influenciaron*, tesis doctoral, Universidad de Barcelona, x + 800 pp.
- , 1987b, "Bibliografía de Bertrand Russell en español", *Mathesis*, 3, 183-197.
- , 1987c, "Russell's Logicist Definitions of Numbers 1899-1913: Chronology and Significance", *Hist. Phil. Log.*, 8, 141-69.
- , 1988a, "Bertrand Russell 1898-1900: una filosofía de la matemática inédita", *Mathesis*, 4, 3-76.
- , 1988b, "Elementos logicistas en la obra de Peano y su escuela", *Mathesis*, 4, 221-299.
- , 1988c, "Bertrand Russell 1900-1913: los principios de la matemática, parte 1ª", *Mathesis*, 4, 355-392.
- , 1988d, "Bertrand Russell 1900-1913: los principios de la matemática, parte 2ª", *Mathesis*, 4, 489-521.
- , 1989a, "Russell's Theory of Types, 1901-1910: Its Complex Origins in the Unpublished Manuscripts", *Hist. Phil. Log.*, 10, 131-164.
- , 1989b, "The Origins of Russell's Theory of Descriptions According to the Unpublished Manuscripts", *Russell*, 9, 99-132.

— , 1990a, "Bertrand Russell 1895-1898: una filosofía prelogicista de la geometría", *Diálogos*, 55, 71-123.

— , 1990b, "El logicismo russelliano: su significado filosófico", *Crítica*, en prensa.

— , 1990c, "La primera filosofía de Moore, I y II", *Agora*, en prensa.

— , 1990d, "La interpretación russelliana de Leibniz y el atomismo metodológico de Moore", *Diánoia*, en prensa.

— , 1990e, "El impacto de Wittgenstein sobre Russell: últimos datos y visión global", sometido a *Theoria*.

— , 1990f, "Bertrand Russell and Bradley's Ghost: Evolution and Significance of Russell's Views Concerning Relations", sometido a *Synthese*.

— , 1991a, *The Mathematical Philosophy of Bertrand Russell: Origins and Development*, Nápoles, Bibliopolis, por aparecer.

— , 1991b, "Bertrand Russell 1920-1948: una filosofía de la ciencia del atomismo al holismo", *Diálogos*, por aparecer.

Russell, B., 1900a, *A Critical Exposition of the Philosophy of Leibniz*, Londres, Cambridge U.P., segunda edición con nuevo prefacio: Londres, Allen & Unwin, 1937.

— , 1903a, *The Principles of Mathematics*, Londres, Cambridge U.P. Reimp. con nueva introducción: Londres, Allen & Unwin, 1937.

— , 1904a, "Meinong's Theory of Complexes and Assumptions", *Mind*, 18, 204-19; 336-54; 509-24. Reimp. en 1973a, 21-76.

— , 1905a, "On Denoting", *Mind*, 14, 479-93. Reimp. en 1956a, 41-56.

— , 1910a, *Philosophical Essays*, Londres, Longhams Green. Utilizo la segunda edición (revisada): Londres, Allen & Unwin, 1966.

— , 1912a, *The Problems of Philosophy*, Londres, Williams and Norgate. Utilizo la edición de 1980, Oxford U.P.

— , 1913a, *Theory of Knowledge*. Obra inacabada, en parte publicada y en parte desechada, reconstruida y publicada póstumamente en 1984a.

— , 1914a, *Our Knowledge of the External World*, Londres, Allen & Unwin. Segunda edición con nuevo prefacio y cambios menores: Londres, Allen & Unwin, 1929.

— , 1921a, *The Analysis of Mind*, Londres, Allen & Unwin.

— , 1940a, *An Inquiry into Meaning and Truth*, Londres, Allen & Unwin. Utilizo la edición de 1962, Pelican Books.

— , 1956a, *Logic and Knowledge*, compilado por R. C. Marsh, Londres, Allen & Unwin.

— , 1959a, *My Philosophical Development*, Londres, Allen & Unwin. Utilizo la edición de 1975, Unwin Books.

— , 1973a, *Essays in Analysis*, comp. D. Lackey, Londres, Allen & Unwin.

—, 1984a, *Theory of Knowledge: the 1913 Manuscript*, vol. 7 de los *Collected Papers* de B. Russell, Londres, Allen & Unwin.

Saxena, S. K., 1967a, *Studies in the Metaphysics of Bradley*, Londres, Allen & Unwin.

Sluga, H. D., 1975a, "Frege and the Rise of Analytic Philosophy", *Inquiry*, 18, 471-87.

—, 1980a, *Gottlob Frege*, Londres, Kegan Paul.

Spadoni, C., 1977a, *Russell's Rebellion against Neo-hegelianism*. Tesis doctoral inédita, Univ. de Waterloo, Ontario, Canadá.

Wollheim, R., 1959a, F. H. Bradley, Londres, Penguin, 2<sup>a</sup> ed., 1969.

### ABSTRACT

The main thesis of this article, which is divided into two parts, is that Bradley constituted, philosophically, the strongest influence on the young Russell and Moore. In this first part I show how Bradley's position contrary to psychologism gave Russell the necessary basis to attempt a foundation of mathematics far from classic British empiricism and, therefore, inclined to Platonism. Also, his referentialistic theory of meaning offered Russell a useful ground on the same line. This theory already carried the seed of future contradictions, although these contradictions came to be dangerous only after the abandonment of Hegelianism, in which all of them were assumed and "overcome" in syntheses closer and closer to the Absolute. Finally, Bradley's relational theory of judgment, the main enemy of the subject-predicate pattern, put the basis for the atomistic theory of Moore and Russell, with only accepting the implicit arguments contrary to Aristotle and rejecting the ultimate reference of all concepts to a Reality from which they would be predicates.